

padre de Lúculo que no hacía servir á sus convidados más que una sola vez el vino griego (1), en nuestra sobria refacción de viajero apresurado solo una vez interviene la botella de Jerez.

Somos exploradores de la antigua España más que de la moderna: vagamos como espíritus salvando las altas montañas, los caudalosos ríos, los profundos barrancos y los sinuosos ferro-carriles para posar en los castillos de los denegridos picachos; penetramos en las ruinas donde solo penetran la garduña, el buho ó el lagarto, ó en los desiertos archivos que solo habitan la polilla, los ratones y los gatos—y á veces el apergaminado archivero;—nos consagramos á escudriñar la índole, orígenes, naturaleza é historia de los pueblos, sus artes y monumentos; no concurrimos al café del *Centro*, ni nos hemos hecho presentar en el *Casino* ni en el *Círculo jerezano*; ni en la sobremesa de la fonda tomamos parte en las animadas controversias de la juventud cosmopolita sobre los lances del *sport*, del cotillón ó del *handicap*, ni compartimos las emociones del hipódromo, de los toros ó del *baccarat*. Es tal nuestra indiferencia por lo moderno, uniforme en todas partes desde la corte de Lisboa hasta la de San Petersburgo, que si al invadir con nuestra ansiosa mirada el patio morisco de la *casa de Agreda*, ó al contemplar la plateresca fachada de la *casa de Riquelme*, oímos explayarse por aquellos contornos los armoniosos ecos de una fantasía de Oscar de la Cinna, el compositor y pianista predilecto de la *high life* jerezana, después de tributar una palmada á la deliciosa música que como rocío bienhechor inunda de frescura todo nuestro sér, proseguiremos nuestra excursión arqueológica sin inquirir siquiera quién es el feliz intérprete—masculino ó femenino—del gran artista húngaro.

Quisiéramos decir algo de las antiguas viviendas de personajes particulares. El bello patio del siglo xv que publicamos, de una casa que creemos se halla situada en la *plaza Carrizosa*, dará una ligera idea de lo que eran las moradas de los jerezanos nobles (2).

(1) PLINIO, *Hist. Nat.*, lib. XIV, cap. 14.

(2) Véase la lámina: *Jerez de la Frontera—Patio de una casa particular*.

CAPÍTULO XXXIII

Mesa revuelta: Arcos de la Frontera, Bornos, Olvera, Grazalema, Gaucin, Jimena, San Roque y Campo de Gibraltar, Algeciras, Tarifa, la llanura del Salado y la Laguna de la Janda, Rota, Chipiona, Sanlúcar de Barrameda, Bonanza, Trebujena, Lebrija, Utrera, Coronil, Morón, Osuna, Marchena, Alcalá de Guadaíra, Carmona, la Luisiana, Écija; despedida del autor.

SUBAMOS ahora, lector amigo, por entre la orilla del Guadalete y la sierra hacia Olvera, pero no sigas tú el mal consejo de hacer el viaje en calesa en día de lluvia, que te expones—lo sé por triste experiencia—á quedar plantado como un pitón en el fango entre los dos bardales que conducen al llano de Caulina. Deja á tu derecha el castillo de *Margarejo* (1), y más adelante

(1) Este castillo es un robusto torreón del cual arranca un lienzo de muralla que circuye un gran patio, por donde se llega á una pequeña puerta que da ingreso al interior de la fortaleza. El torreón es de dos cuerpos, cuadrangular el inferior y octógono el superior, el cual está coronado de almenas dispuestas de dos en dos sobre sendos arcos cuyo parapeto estaba sostenido en matacanes. La pequeña puerta mencionada tiene en su dintel un escudo con la cruz de Calatrava, y se eleva sobre un pretil, debajo del cual hay un gran arco ojival que conduce á una espaciosa bóveda. El salón que cae encima, principal del castillo, tiene una bóveda con pechinas en degradación. Á la derecha del torreón hay un cuerpo de fábrica que presenta una ventanita de arco de herradura, tapiada.

los pinares y olivares que preceden á los cortijos de la Peñuela y de Gebla; apresurémonos á subir á la larga y angosta colina donde descansa, ó más bien duerme, echada como una pantera, la ciudad murada y torreada de

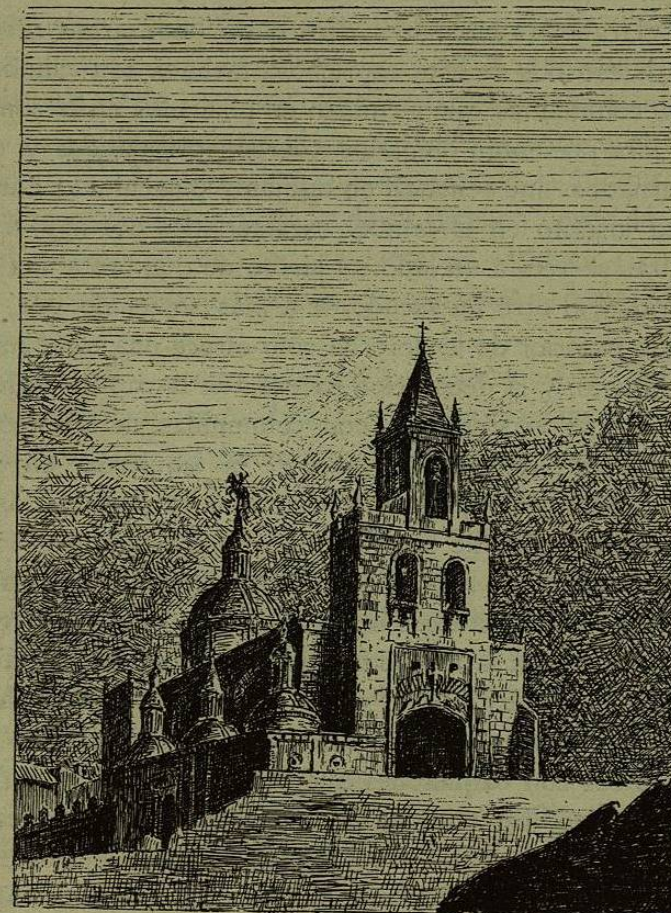
ARCOS DE LA FRONTERA, asomada por el sudeste á una alta peña tajada, á cuyo pié serpentea por una vistosa y feraz campiña el lóbrego Guadalete. Descansemos, si te place, de esta áspera subida, contemplando desde la elevada plaza del Ayuntamiento la lejana y azulada sierra de Ronda.—Esta ciudad, conquistada á los moros por don Alonso X, tenía en el siglo xv en tan mal estado sus muros y fortaleza, que por súplica de su concejo y de su alcaide Álvaro de Castillejo, mandó don Juan II en 1430 que fuesen reparados. Don Enrique IV le concedió el título de *muy noble, muy leal y muy heroica ciudad*. Sus defensas fueron reedificadas en tres épocas distintas, en el mencionado año de 1430, en 1584 y en 1731.—Tiene dos parroquias que se han disputado la prioridad en pleitos seculares, *santa María* y *san Pedro* (1). Á los ojos del viajero artista, extraño á los alegatos de una y otra, la de *santa María* hace valer su caprichosa estructura del tiempo de los reyes Católicos (2), y la de *san Pedro* uno de los más grandes y bellos retablos del mismo siglo xv que posee la Andalucía.—El exterior de la iglesia de *santa María* está sin concluir. La imafrente ofrece una portada de dobles estribos ó pilares con arcos concéntricos de plena cimbra, dentro de los cuales hay una entrada rectangular con delicada cenefa de animales en su dintel. El grande arco tiene seis bellas cenefas en su intrados, y debajo, á la distancia conveniente, repisas, umbelas y marquesinas en las jambas, como para colocar cuatro estatuas en cada lado. El

(1) Cuéntase que era tal el odio intestino entre ambas feligresías, que cuando los de San Pedro rezaban el *Ave María*, por no pronunciar este nombre, decían: *San Pedro, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores*, etc. La verdad en su lugar.

(2) Véase la lámina: *Arcos de la Frontera—Iglesia de Santa María*.

tímpano entre la puerta y el arco presenta asimismo tres hornacinas con sus repisas y marquesinas para colocar otras imágenes. También ofrecen hornacinas con sus repisas y doseletes

CÁDIZ



UTRERA.—PARROQUIA DE SANTIAGO

los estribos que flanquean el arco central, y rematan en molduras prismáticas sin agujas por no estar terminada la decoración. Sobre el arco principal hay un conopio cuyo grumo se descompone en dos frondas abiertas: de su centro salen, como tallos

de una planta peregrina, dos arcos que voltean uno á cada lado, y en medio un tallo recto que reviste en su ascenso otras dos frondas y se corona por un pequeño grumo. En la parte superior, dos grandes ventanas ornamentales y profundas, de cenefa relevada, forman como dos tribunas, encima de las cuales hay sendas claraboyas circulares dentro de unos arcos rebajados. Los otros estribos de esta caprichosa fachada son cilíndricos y revisten columnillas que terminan en pináculos en la zona baja, y en la alta presentan delgados cuerpos prismáticos y cilíndricos alternados, que rematan en agujas y pináculos. El arco central está inscrito en el lambel característico del siglo xv, y en las enjutas se ven, á un lado un jarrón de que brota una planta, como lirio, y al otro un escudo de armas sostenido por leones.—El lado exterior de la derecha solo ofrece una torre moderna de poco gusto, y la decoración externa de la capilla de la *Antigua*, donde se ven estribos con columnillas de fajas espirales terminando en pináculos. El lado de la izquierda, en el cual no hay capillas, y donde por lo mismo los empujes de las bóvedas habrían carecido de contraresto, ofrece arbotantes adintelados que arrancan de robustos estribos, formando en la angosta calleja á que mira una especie de galería de extraño y romántico efecto. Súbese á la fachada de la iglesia por una espaciosa y regia escalinata.—El interior es de tres navés, las laterales muy angostas y de la misma elevación que la central. Los pilares son cilíndricos con baquetones que suben á formar la nervatura de las bóvedas. En el muro de la derecha hay cuatro capillas, en el de la izquierda solo retablos. Ventanas, ya de medio punto, ya de ajimez, lambeles historiados, capiteles de cabecitas bien esculpidas, repisas de graciosos follajes, completan la decoración y ornamentación de esta preciosa y original basílica.

La de *san Pedro* no ofrece en su arquitectura remodelada cosa que de notar sea; pero su altar mayor luce un gran retablo de bella pintura del siglo xv, dividido en numerosos com-

partimentos en que se representan los pasajes de la vida y martirio del Santo apóstol titular.

Entre las antigüedades de Arcos más dignas de memoria, recordamos con dolor una torre y puerta árabe que se estaba demoliendo á nuestra llegada á la ciudad, bajo el pretexto de que interrumpía la línea de una tortuosa y desnivelada calle; otra puerta árabe que da salida al campo; y por último, la preciosa portada de la *casa del conde del Águila*, de estilo gótico florido, de que forma parte el graciosísimo ajimez que copiado te presento (1). No te figures que este ajimez es lo único bueno en esa portada; al contrario, toda la fachada desde la cornisa hasta el cimientto, es una joya del arte del siglo xv, y como modelo de construcciones civiles de uso particular en aquella edad, es impagable.

Seguimos por la corriente del Guadalete arriba, dejamos á BORNOS con sus afamados baños y otras poblaciones de olvidada historia y oscurecidos timbres, y llegamos á la enriscada y terrible OLVERA, rival de Morón como refugio proverbial de la gente de vida airada (2), ominosa á los legionarios de Napoleón, á quienes, según cuenta M. de Rocca (3), hicieron sus vecinos comer carne de asno.—De aquí, atravesando el Guadalete, vamos á GRAZALEMA, la antigua *Lacidulia*, adherida á la manera de un nido al tope de una escabrosa montaña, cuyos habitantes no recuerdan más hechos históricos de sus padres que haberse cebado como buitres en la retaguardia de una división francesa.—Va ahora el camino por las alturas una buena pieza separándose del Atlas de las cordilleras andaluzas, el *Pico de san Cristóbal*, para meterse en la sierra de Ubrique y bajar á GAUCÍN, donde en Setiembre de 1309 fué muerto Guzmán el Bueno.—Está el pueblo situado al borde de un profundo tajo, y desde la elevación que ocupa su morisco castillo, medio arruinado por

(1) V. la lámina *Arcos de la Frontera—Ajimez de la casa del Conde del Águila*.

(2) *Mata al hombre y vete á Olvera*, dice el refrán.

(3) V. su libro *Guerre en Espagne*.

una explosión el año 1843, se goza á lo lejos la vista de Gibraltar, peñasco semejante por su corte á la muela de un Titán levantada en la espléndida llanura de líquido ultramar del Estrecho.—Subimos la cuesta de JIMENA DE LA FRONTERA, villa del rey de Granada en el siglo xv, expugnada por el mariscal Pedro García de Herrera con las huestes de la ciudad de Jerez en el mes de Mayo de 1431, después de un encarnizado combate de tres días; atravesamos el riachuelo que se ilustra con su nombre, salimos á la llanura de la costa marítima, paramos un instante en SAN ROQUE, cabeza del *Campo de Gibraltar*, construido en 1704 después de la pérdida del *Peñón* con las reliquias de la segunda *Carteya*, y nombrado así por una ermita que el cristiano Esculapio tenía en aquel paraje; y dejamos á nuestra izquierda las famosas *Líneas* con los escombros de los fuertes de San Felipe y Santa Bárbara, que levantó Felipe V, y que fueron derribados en días de triste recordación (1).—Aquí acaba España, y empieza Inglaterra!

La pérdida de la plaza de Gibraltar ocurrió de la manera siguiente. La guarnición que teníamos en tan importante presidio no llegaba á cien hombres, incluso los paisanos. En vano fué que el gobernador don Diego Salinas, receloso de un golpe de mano de parte del príncipe de Darmstadt, resuelto favorecedor de la causa del Archiduque Carlos de Austria, pidiese aumento de fuerza para la plaza. El día 2 de Agosto de 1704 echó Darmstadt de improviso sobre el peñón dos mil hombres de desembarco, los cuales inmediatamente cortaron toda comunicación por tierra y por mar, é intimó la rendición á Salinas. Dos días resistió éste la furiosa embestida de los ingleses, pero faltándole de todo punto elementos con que prolongar la resis-

(1) Los destruimos en 1810 los españoles, y lo más triste es que para esta obra de devastación imploramos el auxilio de los mismos ingleses, contra los cuales habían sido levantados por el primer Borbón que reinó en España! El coronel Harding se dignó entonces prestarnos sus ingenieros para demoler aquellas fortalezas, sólidas como rocas, que eran una protesta permanente contra los dueños del Peñón.

tencia, hizo una honrosa capitulación saliendo él de la plaza con todos los honores y ofreciendo el austriaco conservar á los habitantes su religión, sus bienes, sus casas y privilegios. Mas esta condición no fué cumplida, porque los templos fueron profanados, las casas saqueadas, y los vecinos tratados con todo el rigor de la guerra. En esta infracción del derecho de gentes descansa la posesión de Gibraltar por la Gran-Bretaña. Conviene tenerlo presente por si llegase el día en que dejara de ser *la fuerza* el alma del *derecho*.

Pero volvamos á erguir la sonrojada frente al descubrir en el vasto hemiciclo de una magnífica bahía, más allá del Palmones y del Guadarranque, la moderna ALGECIRAS, reedificada sobre la morisca ciudad antigua por Carlos III en 1760, y por consiguiente más recomendable por obras de comodidad pública que por el carácter artístico de sus construcciones.

La ensenada en que está Algeciras era el *portus albus* de los romanos, y la *isla Verde ó de las Palomas* que tiene en frente, fué la *jeziratu-l-khadrá* de los sarracenos. Fué conquistada por el caballeresco don Alfonso XI en 1344, después de un obstinado cerco de veinte meses, al que acudieron cruzados de toda la cristiandad. Entonces fueron destruidas la antigua población y sus fortificaciones.

De Algeciras á TARIFA va el camino por una soberbia montaña digna de las regiones tropicales, desde la cual se descubre el más grandioso panorama que es dado gozar. Una drúidica selva de naturaleza gigantesca y bravía, que solo pide un Salvador Rosa para que de todas partes se acuda á admirarla, abre su enmarañada espesura al Guadamecil, el cual, por entre angostas quiebras y peñascales, baja murmurando al Estrecho. Las añosas ramas de los alcornoques, que parecen teñirse de sangre cuando las hiere el sol de ocaso, sirven de cortinaje al cuadro encantador de la bahía de Algeciras, que cae al Este terminando en la lengua de tierra donde se incorpora como en acecho el importuno leopardo inglés con la presa hecha en

nuestra costa.—Es Tarifa la población más moruna de toda España: tomó su nombre de Tarif-ben-Malik, el primer jefe de taifas berberisco que tomó tierra en nuestra península, al que no debe confundirse, como es costumbre, con el conquistador Tarik. Tiene por armas un castillo sobre unas olas con una llave en su ventana, y esta leyenda: *sed fuertes en la guerra*. Sancho el Bravo la expugnó en 1292. Alonso Pérez de Guzmán se comprometió á mantenerla durante un año, empeño que ningún otro quiso contraer: sitiáronle los moros, asistidos del traidor infante don Juan, que tenía consigo en calidad de paje al hijo mayor de don Alonso, niño de 9 años. Llevó don Juan á este niño al pié del muro para matarle á vista de los cristianos si su padre no se rendía... Pero ¿quién ignora la hazaña de Guzmán el Bueno? Hable por nosotros el antiguo romance:

luego tomando el cuchillo
por cima el muro lo ha echado.
Junto cayó del real
de que Tarifa es cercado.
Dijo: — Mataldo con este,
si lo habéis determinado,
que más quiero honra sin hijo
que hijo con mi honor manchado.—
El infante con gran saña
que desto había cobrado,
con aquel propio cuchillo
el hijo le ha degollado.
Presente el buen caballero
desde el muro lo ha mirado.
Luego fué quitado el cerco:
los moros se habían tornado
allende de do vinieron,
y á Tarifa han descercado (1).

(1) Colección de Durán, romance 955.

En las *Ilustraciones de la casa de Niebla*, obra que Barrantes Maldonado sacó de las crónicas de los reyes de Castilla, y de una particular de don Alonso Pérez de Guzmán que existía en el convento de San Isidoro de Sevilla, se refiere con estas sentidas palabras el trance terrible que hemos recordado. «Dijo el infante don Juan: «Don Alonso Pérez, ¿conocéis á este mocho que aquí está á par de mí atado,

Conserva esta sus antiguos muros, obra de sarracenos, pero en tal estado, que podrían fácilmente batirse con las menudas y almibaradas naranjas de su propia tierra. Sus calles son angostas y tortuosas. Á la parte del Sur, entre la muralla y el mar, se extiende su pintoresca *Alameda*, y al Este se levanta, dentro de la cerca, su *Alcázar*, castillo moro genuino, en el cual, aunque ya tapiada, la ventana por donde es fama que Guzmán el Bueno arrojó el cuchillo, se distingue por una menuda cenefa de azulejos en su antepecho. En el lugar donde fué degollado el niño, se alza una torre, llamada *la torre de Guzmán* (1).—

«que es Don Pero Alfonso de Guzman, vuestro hijo mayor y el mas amado y querido vuestro. que me distes que os lo llevase al rey de Portugal Don Donís?... Don Alonso Perez lo conoció y dixo: si conozco que es mi hijo mayor y el mas amado y querido mio, y pésame á mí mucho de lo ver en vuestro poder y no el de á quien yo lo enbiava; y el niño empezó á llorar y dijo: padre, méteme allá, que me quieren matar estos moros; y el padre respondió: hijo, en mis entrañas te holgara yo de meter, porque si mal te hicieran, pasara primero por mí, mas no puedo agora; e viniéronsele las lágrimas á los ojos de ver á la cosa desta vida que mas amaba en poder de sus enemigos no lo habiendo él sabido ni sospechado hasta aquel punto. Y apartaron luego el niño para los moros y dixo Don Alonso Perez de Guzman á los moros y al infante ¿qué es lo que me quereis hablar? Respondió el infante don Juan diziendo: que me entregueis esta villa de Tarifa, de la qual me a hecho merced el rey Aben-Jacob mi señor, oy en todo el día, y synó os mataré este vuestro hijo sin ninguna piedad. Don Alonso Perez de Guzman estuvo un poco que no respondió, porque en aquel espacio peleava la onrra contra el dolor natural, y esforçavase contra los derechos de naturaleza; y respondió: la villa de Tarifa yo no os la daré que es del rey don Sancho mi señor, y le hize vomenaje por ella; pero yo os daré por mi hijo lo que él pesare de plata ó las doblas que vosotros quisierdes; y diziendo el infante don Juan que no le estava bien aquel partido, se apartó un poco atrás, porque estava muy allegado á la torre, y enbió á dezir á don Alonso Perez de Guzman que viese si queria entregarle luego la villa y castillo, porque synó incontinentemente en su presençia le degollaría el hijo..... Estonces el buen alcaide, esforzado capitan y verdadero Guzman..... dixo en voz alta que lo oyeron los moros que estavan abaxo: porque no penseis que os tengo de entregar la villa con amenazas de la muerte de mi hijo, veis aquí os echo el cuchillo con que lo degolleis; y echando mano á una daga que traia en la çinta, la arrojó por sobre las almenas, y fué á caer entre los moros..... y se quitó de las almenas y se fué á meter en el castillo, que estará cinquenta pasos de la torre.» (Part. 2.º cap. 24.)

La Real Academia de la Historia ha impreso estas *Ilustraciones* por un manuscrito que conserva en su archivo; pero nosotros hemos tomado este ligero extracto de otro manuscrito más precioso que se conserva en la Biblioteca de la Colegiata de Jerez, todo enriquecido de primorosas viñetas ejecutadas á pluma.

(1) Hace algunos años se dispuso por el ministerio de la Guerra demoler las murallas de Tarifa, conservando solo el torreón llamado *de los Guzmanes* y la *torre de Guzmán el Bueno*. La Comisión de monumentos de Cádiz, en sesión del 27 de

Los vecinos de Tarifa, más africanos que españoles en sus costumbres, se complacen en soltar los toros por las calles, y hay viajeros que pretenden que las *tarifeñas*, rebozadas en sus mantos á la usanza oriental, y descubriendo solo sus negros ojos, son más peligrosas que aquellos bravos animales (1).

Continuando nuestra peregrinación por la costa al occidente, tenemos ahora á la vista la histórica llanura del SALADO, donde Walia en el siglo v derrotó á los vándalos silingos, y donde el valiente don Alonso XI deshizo en 1340 las fuerzas coaligadas de Yusuf I, de Abu-l-hajak rey de Granada, y de Abu-l-kassán rey de Fez: victoria que preparó el camino al triunfo definitivo de la Cruz, consumado un siglo después por los reyes Católicos. No te refiero la célebre *batalla del Salado*, tan grande en resultados como la de las Navas de Tolosa, porque no hay historia de España que no te la cuente; y yo, semejante al colector de objetos curiosos que huye de lo común para consagrarse á lo menos conocido, deseo no ofrecerte memorias manoseadas.

La llanura del Salado se extiende hasta las alturas de la PEÑA DEL CIERVO, desde donde se ve abrirse con imponente magnificencia la empinada costa africana, inmensa barrera de piedra tajada perpendicularmente sobre el mar y plateada en su línea superior por las nieves eternas del Atlas.—De aquí nos conduce una romántica y silvestre garganta por entre vestigios de calzadas y puentes moriscos, á la *venta de Taibilla*, poco distante de la famosa LAGUNA DE LA JANDA, donde comenzó entre las huestes de Tarik y los ejércitos de Rodrigo (en 711), la gran batalla de siete días que tan funesto desenlace tuvo en los campos de Jerez.

Vamos á finalizar nuestra correría por la provincia de Cádiz. La que acabamos de verificar principió por la *bahía*; ahora nos falta reconocer las principales poblaciones que caen al nordeste

Mayo de 1876 acordó representar contra tal demolición, pero ignoramos qué resultado dieron sus gestiones.

(1) FORD en su *Hand book*, etc.

de la misma. Poco nos detendremos en la marítima villa de ROTA, más celebrada por su estomacal *tintilla* que por sus antigüedades; diremos solo que está situada á unas dos leguas y media de Cádiz, en aquella punta de tierra que se llamó entre los antiguos *Cabo de Saturno*, que suponen algunos ganada por san Fernando en 1251, juntamente con las villas de Lebrija, Arcos, Alcalá de los Gazules, Chiclana, Puerto de Santa María y otras; que en el siglo xvi conservaba parte de su antigua cerca y una mediana fortaleza; que el diligente Horozco conoció en su única iglesia parroquial un *gentil retablo* de que hoy ya no nos dan razón; que su señor el duque de Arcos tenía en su costa una muy productiva almadraba, y que en 1702, durante la guerra de Sucesión sufrió un brutal saqueo de parte del ejército anglo-holandés, auxiliar del archiduque pretendiente. Del mismo duque de Arcos era la villa de

CHIPIONA, situada más arriba, marcando la última punta de tierra que baña el Guadalquivir al salir al mar. Aquí estuvo, según todas las probabilidades, la antigua *ara Junonis* de Pomponio Mela (1). La antigualla más notable en los contornos de esta villa es un santuario cuyo nombre suena en una de las más interesantes leyendas de la Edad-media española. Á un cuarto de legua de Chipiona y siguiendo la costa al sur, la vista del viajero, fatigada de registrar colinas de arena, pitas y melonares, descansa en un hermoso grupo de palmeras que recuerdan en aquella especie de desierto las descripciones de los oasis del África. Acompañan aquellas palmeras á una construcción en forma de ciudadela sobre cuya entrada principal se ven esculpidas las armas de los duques de Arcos. Esta ciudadela—ya lo ha adivinado el lector—es el convento de *Nuestra Señora de Regla*. Las palmeras pertenecen al huerto de los monjes agustinos que lo habitaban.—Cuenta la piadosa leyenda que cuando la ciudad de Hipona fué saqueada por los vándalos, dos de los

(1) V. la página 190.